

La feminización de la sociedad como tarea

Gali Boadella, Montserrat

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/491>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

TESTIMONIOS

LA FEMINIZACIÓN DE LA SOCIEDAD COMO TAREA

Montserrat Galí Boadella*

Introducción

Agradezco a las autoridades de la UIA GC la invitación para que pronuncie la *Lectio Brevis* que abre este curso académico. Estamos conscientes del honor que esto representa, pero también de la responsabilidad que entraña hablar de los retos y problemas del nuevo milenio desde una perspectiva femenina. Por otro lado, es evidente que no puedo hablar en nombre de todas las mujeres, ni siquiera de las que están aquí sentadas; en cambio puedo hablar como historiadora. Para esta lección hemos optado por llevar a cabo una revisión de tres momentos de la historia en los que se produjo lo que llamaremos un proceso de feminización que, a la postre, amplió la conciencia humana. Éste será nuestro núcleo de reflexión, a partir del cual hacemos una propuesta: dotar al siglo XXI de algunos de los valores que caracterizan históricamente a las mujeres.

El siglo XX será recordado, sin duda, como el de las reivindicaciones feministas. Visto ya a distancia, el feminismo fue una reacción lógica a la discriminación política y social que sufrían las mujeres a pesar de estar ya incorporadas al mercado de trabajo remunerado. Era importante, es cierto, luchar por la dignidad y los derechos de la mujer; sin embargo, las tesis feministas adolecían de una falta de profundidad histórica notable. Personalmente pensamos que, a pesar de que podamos comprender las razones del feminismo y aceptar su lu-

* Profesora de historia del arte, UIA-GC.

cha como necesaria y pertinente, sus acciones mejoraron la condición de la mujer pero, paradójicamente, no han mejorado el mundo. Una de las premisas falsas del feminismo consistía en suponer que solamente las mujeres estaban sujetas a roles sociales determinados y opresivos. La otra premisa falsa era que el rol de las mujeres era inferior o más restrictivo que el de los hombres. Esta visión del mundo llevaba a una simplificación, casi a una caricatura, según la cual los hombres eran libres y felices y las mujeres oprimidas e infelices.

Desde nuestra perspectiva, los cambios que el mundo requiere deben contar con dos condiciones básicas:

1. Superar el planteamiento feminista de que solamente la mujer ha sido oprimida y plantear soluciones globales que requieran del compromiso de ambos sexos.
2. Enriquecer y mejorar la sociedad incorporando la visión femenina del mundo, es decir, feminizar todos los ámbitos de la actividad humana: los culturales, espirituales, económicos y políticos.

Reflexiones acerca de la historia y el papel de la mujer en ella

Hasta llegar al cristianismo no hubo (ni podían haberse dado) las condiciones para que la mujer ocupara un lugar y un rango igual al del hombre. No estamos hablando de que la mujer realizara las mismas actividades (para muchas mujeres a esto se reduce la igualdad), sino que nos referimos a un problema más profundo. Es probable que en las sociedades primitivas la mujer ocupara un rango social y espiritual semejante (y para algunos antropólogos incluso superior) al de los hombres. Pero a partir de la división social del trabajo y de la paralela división de la sociedad en clases ocurre un fenómeno que colocará a la mujer en una posición de supuesta inferioridad: la mujer se convierte en “mero” vehículo de la reproducción de la especie, perdiendo su individualidad y su derecho a escoger otro papel. Parecería que no participa activamente en la vida social y cultural y, desde luego, no tiene injerencia en la vida política. (Este papel “pasivo” de la mujer es precisamente el que las feministas criticaban).

No estamos de acuerdo con esta visión simplista, de que la mujer

no ha sido protagonista de la historia, aunque es cierto que no actuó en aquellos ámbitos que generalmente la historia estudia. Por el contrario, la antropología y la sociología, al analizar fenómenos ajenos a fechas, reyes y batallas, grandes acontecimientos políticos o eventos memorables, están más preparadas para reconocer el papel que juegan las mujeres como sostén social y económico de la familia y en el ámbito de las creencias y costumbres. En las últimas décadas la llamada "historia de las mentalidades" ha permitido a los historiadores penetrar en estos campos tan difíciles de asir, como son los de la sensibilidad, el desarrollo de las formas de pensar y sentir, la evolución de la conciencia y una historia del imaginario y de las representaciones simbólicas.

Desde esta perspectiva descubrimos que la mujer no ha estado ausente de la historia y llegamos a la conclusión de que el papel que tradicionalmente ha jugado la mujer no es peor que el de los hombres, ya que ellos también han estado obligados a desempeñar un rol: el de gestores de la vida política y económica y el de guerreros. Y tampoco ellos han tenido otra opción. La gran diferencia es que en este siglo las propias mujeres han cuestionado su papel, han reflexionado sobre sus condiciones y han desarrollado teorías sociales para estudiar sus problemas como género. A este respecto, un investigador de las mentalidades comentaba en un estudio que, así como en todas las universidades occidentales podemos encontrar miles de tesis feministas, la reflexión sobre las condiciones masculinas es casi inexistente. Como si el hombre aceptara sin cuestionarse el rol social que la historia le ha reservado. Sus conclusiones acerca de este fenómeno eran reveladoras: la crítica de las feministas no toca cuestiones tan delicadas como pudiera serlo, por ejemplo, un cuestionamiento de los hombres a su papel de soldados o de jefes de familia.

Perdonen que insistamos en este hecho: en todas las sociedades, hasta hace muy poco, hombres y mujeres tenían roles difíciles de eludir: las mujeres el de dar vida a otros seres y trabajar dentro del espacio doméstico; los hombres el de trabajar fuera del espacio doméstico y matarse en las guerras. Estos roles estaban marcados por la diferenciación sexual y, efectivamente, parecería que la condición sexual de la mujer la colocaba en una situación de inferioridad. "*Mulier uterus est*", decían los antiguos. Parecía que la mujer nada más era útero.

Es en este contexto que el cristianismo nos parece la primera verdadera revolución femenina de la historia humana. Por dos motivos principalmente, que abordaré desde el punto de vista de la historia, ya que no soy teóloga sino simplemente historiadora. En primer lugar, en ninguna de las religiones que hasta aquel momento existían la mujer había tenido un papel tan relevante: Dios-Cristo nace de una mujer (después hablaremos de la virginidad de María) y ella se convierte en la principal mediadora e intercesora en el proyecto de salvación que Cristo lleva a cabo.

El alcance de esta propuesta no se percibió en toda su magnitud en la época de fundación del cristianismo porque éste surge en el seno de sociedades en las que la mujer ocupa un papel muy secundario: la oriental y la griega. Los apóstoles y los primeros cristianos tenían las limitaciones de su época y así se entiende, por ejemplo, que San Pablo, aun siendo ya cristiano, no pudiera escapar al horizonte cultural del mundo griego. Sin embargo, las limitaciones de época no anulan ni empañan las potencialidades culturales y sociales del cristianismo. Éste propone la absoluta dignidad de la mujer, como ser completo, participe del proyecto de salvación al mismo título, exactamente, que el hombre. Y no sólo eso, sino que el cristianismo propone como valores aquellos que el mundo antiguo veía como propios de las mujeres y los esclavos: la mansedumbre, el amor, el servicio a los demás.

Hasta aquí no tenemos grandes dificultades para entender el proceso de feminización de la sociedad implícito en el cristianismo. El problema se presenta cuando se trata de entender históricamente el significado de la virginidad de María. En un mundo en el que la función de la mujer derivaba exclusivamente de su sexo, la virginidad de María significa que la maternidad, es decir, la capacidad y el privilegio de dar la vida, está más allá de las condiciones sexuales o sociales. O dicho de otra manera, la vida no es un problema sólo y estrictamente biológico.

Este carácter trascendente y espiritual de la maternidad es una de las grandes aportaciones del cristianismo a la historia de Occidente. Casi podríamos hablar de una revolución ontológica al propiciar una transformación radical del concepto de mujer. Desde el punto de vista de la historia, la virginidad de María resulta una metáfora de la dignidad de las mujeres y de su trascendencia. La maternidad no es un accidente de la condición biológica, sino que se inscribe en el

ámbito de la libertad. Recordemos el *Magnificat*, en que María escoge y acepta libremente su maternidad.

Desde el punto de vista de la mujer, que es el tema que nos ocupa, los frutos de esta revolución cristiana no se harán evidentes sino hasta la Edad Media, cuando ya se habían apagado las grandes civilizaciones de la antigüedad y con ellas la función puramente instrumental y biológica de la mujer. Contrariamente a la visión falsa y chata que se ha tenido de una Edad Media oscura, a lo largo de los siglos medievales se dieron momentos de gran luminosidad y uno de los más destacados es precisamente la gran revolución cultural y espiritual que, encabezada por mujeres, se conoce como la época de los trovadores y el amor cortés.

Después de varios siglos de invasiones y guerras interminables, ocasionadas por la caída de los antiguos imperios y los violentos movimientos de pueblos (la famosa época de las invasiones), Europa empieza a asentarse. Había que civilizar y calmar aquella sociedad guerrera, regida únicamente por valores masculinos que, envuelta en una violencia sin fin, había visto a la mujer única y exclusivamente como botín y como reproductora de más siervos y más guerreros. Esta tarea civilizadora la van a llevar a cabo las mujeres. La Iglesia, como explicaremos brevemente, fue plenamente consciente del valor de la “feminización” de la sociedad, una tarea emprendida por aquellas cultas y sofisticadas damas de las cortes aquitanas y provenzales.

La Iglesia había tratado inútilmente de aplacar la violencia guerrera de aquellos siglos mediante la llamada “tregua de Dios”. Lo que la Iglesia no había logrado con amenazas de excomunión lo consiguieron las mujeres a través de las prácticas sociales por ellas inventadas: las guerras fueron sustituidas por los torneos, en los que el botín era el amor, casi siempre platónico, de una dama. Los desafíos militares, que acababan con la muerte, fueron sustituidos por las justas poéticas. Y en el centro, como árbitro del que parece ser natural afán del sexo masculino, la competencia, estaba la mujer, presidiendo las cortes de amor. De un amor que se convertía de esta manera en el elemento civilizador de la Europa medieval, en contraposición al valor militar masculino que había regido los primeros siglos medievales.

La Iglesia reconoció de inmediato la capacidad civilizatoria de esta cultura trovadoresca y propuso a la Virgen María para ocupar la cúspi-

de de esta corte femenina. La aceptación fue entusiasta e inmediata. Todos los trovadores y troveros dedicaron canciones a María y algunos de ellos, como el rey Alfonso X el Sabio, el más grande de los trovadores hispanos, ofreció todas sus composiciones a la Virgen. Es entonces, de la mano de esta revolución cultural y civilizatoria femenina, que florece y se expande el culto a la Virgen María, desarrollándose ampliamente lo que hasta el momento habían sido solamente pequeños centros de culto y peregrinación marianos. También el arte refleja este cambio cuando vemos que la mujer, y en especial la figura de la Virgen María, deviene el principal motivo del arte gótico: la Virgen preside las catedrales, y los gobiernos de las ciudades, y las cofradías y gremios la adoptan como protectora, retratándose bajo su manto.

No podemos entrar a un tema sumamente interesante que por su complejidad merecería demasiado tiempo, pero cabe recordar que el movimiento trovadoresco y el amor cortés propusieron una nueva forma de sexualidad que, desde el punto de vista del contexto histórico (marcado por la brutalidad de las relaciones entre hombres y mujeres, como ocurre siempre en toda sociedad guerrera y conquistadora) significaba también una revolución en el trato entre sexos. Las mujeres ya no serían víctimas de la fuerza y el deseo masculinos, sino que ellas marcarían las normas de las relaciones sexuales y amatorias.

Para concluir con este segundo momento histórico solamente queremos recordar que la feminización general de la sociedad contribuyó al mejoramiento de la sociedad en su conjunto, no sólo en lo espiritual sino también en lo político y económico. Recordemos bien esta lección de la historia: el fin de las guerras y la violencia permitió a Europa tener caminos seguros y con ello desarrollar su comercio. La agricultura y la ganadería encontraron por fin un marco propicio; las ciudades crecieron y con ellas los oficios y las artes. La vida material, espiritual y cultural floreció.

Otro momento importante en el avance de la mujer como actor cultural y social fue el Romanticismo. El Romanticismo representa, entre otras cosas, una reacción en contra del racionalismo y el materialismo de la Ilustración y una crítica a la modernidad industrial que se estaba gestando. El Romanticismo insiste en el tema de la muerte (que la modernidad quiere olvidar) y el de la naturaleza (que la modernidad trastoca y mancilla de manera inmisericorde). Como seña-

lamos en nuestra tesis de doctorado, que precisamente versó sobre el papel de la mujer en la introducción del romanticismo en México, el movimiento romántico representa, en el desarrollo de Occidente un momento de feminización de la cultura. Nuestras ideas al respecto se pueden resumir en los siguientes puntos:

1. El romanticismo es un movimiento artístico y literario feminizado.
2. Los rasgos considerados característicos de la mujer, sensibilidad, intuición, compasión, espiritualidad, son las cualidades más valoradas por el romanticismo.
3. La mujer es uno de los temas centrales del romanticismo, junto con los del amor, la naturaleza y la muerte.
4. La mujer se identifica plenamente con el movimiento romántico, contribuyendo de manera decisiva a su difusión.
5. En la etapa romántica, por primera vez en la historia la mujer se incorpora a la actividad artística y creadora, en tanto género y no como individuo aislado. Además fue en el siglo XIX cuando empieza a pelear por el derecho a vivir de sus actividades profesionales.

A pesar de las limitaciones que la sociedad burguesa impuso a las mujeres, se reconoció poco a poco la importancia de que éstas recibieran no sólo una educación tradicional sino también una instrucción sistemática y escolarizada que las preparara en primer lugar para que como madres de familia formaran buenos ciudadanos, y en segunda instancia para realizar tareas en el ámbito público y profesional. A partir del siglo XIX la mujer emprende una lucha continua y sostenida para obtener el derecho a decidir sobre su vida y sobre opciones nuevas y distintas de desarrollo personal e individual.

No obstante, este movimiento de feminización de la sociedad y la cultura iniciado por el movimiento romántico se truncó. La mujer obtuvo mejores posiciones sociales y profesionales pero la sociedad no ha ganado mucho con ello. No tenemos tiempo de analizar con detalle los motivos de este fracaso, pero todos nosotros, aun los más jóvenes, estamos conscientes de las contradicciones que genera la incorporación de la mujer al mercado de trabajo.

El siglo XX aceptó e incluso estimuló la participación de la mujer en las actividades económicas, ya a sea como obrera o como profesionista. De hecho la lógica capitalista exige que la mujer deje parcialmente sus obligaciones domésticas y se incorpore al mercado de trabajo. Pero la mujer no ha sabido o no ha podido feminizar estas nuevas áreas en las que se desarrolla. Por el contrario, ha aceptado con excesiva facilidad las reglas, normas y valores considerados masculinos, como lo demuestra el que en las últimas décadas no se hayan fortalecido la sensibilidad y la espiritualidad sino el materialismo y la competencia más descarnadas.

La incorporación de las mujeres a la política, por ejemplo en los organismos internacionales o, incluso, como dirigentes de un país, no ha acabado con las guerras ni con la explotación y la miseria, sino que este siglo que termina, a pesar de la presencia femenina en los ámbitos públicos, será recordado como uno de los más sangrientos de la historia. Las guerras mundiales, las revoluciones y las más de cincuenta “guerras de baja intensidad” que se mantienen constantemente desde que terminó la llamada “guerra fría”, hacen de este siglo el más mortífero de la historia.

Reflexiones finales

¿De qué serviría entonces la incorporación de la mujer a la vida pública y profesional si no es para mejorar a la sociedad en su conjunto? En este momento la mujer, con más o menos dificultades que los hombres dependiendo del campo de acción, está en condiciones de desempeñar papeles de relevancia en los campos de las artes, la ciencia, las actividades empresariales y la vida política. Pero todo esto de nada servirá si no está dispuesta a realizar una nueva revolución cultural y espiritual, en el sentido de dotar de valores femeninos al nuevo milenio.

En México algunas de las mejores y más conocidas artistas son mujeres; en la UNAM, desde hace ya más de una década, la medalla Gabino Barrera de la excelencia académica es otorgada mayoritariamente a mujeres. Los mejores promedios en muchas de las carreras de esta Universidad Iberoamericana-Golfo Centro los obtienen

mujeres. Ya nadie duda de que la mujer tiene las mismas capacidades que sus compañeros. Pero la pregunta es si esta capacidad intelectual de la mujer es suficiente para efectuar los cambios que todos sabemos necesarios y urgentes o si, por el contrario, la lucha y competencia en campos en los que domina el hombre la endurecen y la llevan a aceptar los valores masculinos.

Este discurso podrá parecer utópico o abstracto o ingenuo. Dudaba entre orientar esta *Lectio Brevis* por los caminos que acabarnos de recorrer o desarrollar otro tema más neutro con visos de cientificidad, con algunas citas de pensadores notables, que es lo que algunos consideran propio de una conferencia universitaria. Sin embargo, hace una semana, de manera casual, oímos en la Televisión Francesa una entrevista con un destacado director de una empresa de comunicación y diseño de imagen y su comentario final nos animó a escribir este texto.

En la entrevista el publicista explicaba cómo había orientado las campañas electorales de dos de sus más recientes clientes: el presidente israelita Ehud Barach y el recientemente elegido presidente chileno Ricardo Lagos. Para ello, decía, había tomado en cuenta los valores de cada una de estas dos sociedades; aunque consideraba que muchos de los problemas que los países tienen en la actualidad derivan más de lo que tienen en común que de aquello que los separa. El entrevistador le preguntaba a nuestro personaje cómo veía, a partir de su experiencia, los problemas del mundo contemporáneo y cómo pensaba que se podían resolver. Por supuesto, el periodista esperaba que su entrevistado respondiera como político o como hombre de negocios. Sin embargo la respuesta, clara y contundente, fue la de un humanista:

Urge —dijo— una feminización de la sociedad y de los espacios de actuación política, económica y cultural. Los valores femeninos son los únicos capaces de aportar nuevas soluciones a los graves problemas que enfrenta el mundo moderno. Ante un mundo de guerras y violencia, la visión femenina del mundo, que representa la vida, debe corregir la visión masculina del mundo, dominada por la violencia.

Creemos que no son necesarios los comentarios.

La Universidad Iberoamericana es una institución universitaria de inspiración cristiana, lo que equivale a decir que participa por lo tanto de este proyecto de feminización universal que es, entre otras co-

sas, el cristianismo. Como institución de formación intelectual, científica y profesional recibe un número creciente de mujeres. Como defensora de los derechos humanos y comprometida con la justicia social ha luchado y deberá seguir luchando contra todas las formas de discriminación que existen y que puedan existir en un futuro. Por lo tanto nos encontramos en un campo propicio para reflexionar acerca de los valores que históricamente han caracterizado a la mujer y pensar en la manera de incorporarlos a nuestras prácticas y principios.

Quizás sea el momento de que junto con proyectos como el de desarrollo sustentable o de compromiso con los problemas de la región pensáramos también en un proyecto de feminización de nuestros principios culturales y sociales. Éstos, como decía el romanticismo, son: intuición, sensibilidad, valoración de lo afectivo, espiritualidad, compasión hacia el prójimo y generosidad. Desde luego, con ellos no construiremos el Superhombre que reclamaba Nietzsche, pero tendremos sin duda una sociedad más justa, más responsable, menos violenta, que valore las actividades artísticas y creativas y facilite el desarrollo espiritual y no sólo material; un mundo más viable ecológica, social y económicamente; capaz de ofrecer un planeta habitable a nuestros descendientes mediante una explotación respetuosa y responsable de la naturaleza.

En este transcurrir de la humanidad desde las culturas de la antigüedad hasta el tercer milenio, ya hemos visto cómo algunos de los momentos cruciales han estado marcados por la ampliación de la conciencia humana gracias a la incorporación de valores femeninos. Éste es sin duda otro momento crucial en el que la mujer tiene una responsabilidad decisiva: no sólo prestaremos nuestros valores sino que estamos obligados a implantarlos. No será fácil, porque las mujeres mismas los hemos abandonado, de manera vergonzante, convencidas de que para triunfar profesionalmente debemos adoptar los valores de nuestros supuestos contrincantes, los hombres.

Para terminar, quisiéramos enumerar brevemente algunas de las que consideramos tareas urgentes para el próximo milenio, en las que las mujeres tenemos que ser la vanguardia:

- Una distribución justa de los bienes materiales y culturales que elimine en la medida de lo posible la brecha entre ricos y pobres.

- Una conciencia ecológica que recupere el equilibrio entre el hombre y la naturaleza.

- Una lucha sostenida a favor de los derechos humanos, pero que vaya acompañada de un recordatorio de nuestras obligaciones.

- Exigir que el desarrollo de la cultura, los planes de educación y las políticas de los medios de comunicación estén regidos por una orientación humanista que tome en cuenta la dimensión espiritual de los hombres. Esta cultura estará al servicio de la humanidad y no deberá ser instrumento para otros fines.

- Pero la tarea más urgente y más ardua será sin duda la de implantar una cultura de la paz, que no puede ser pasiva ya que tendrá que luchar valientemente contra los intereses de aquellos que por un motivo u otro alimentan las guerras y promueven los genocidios.

Para llevar a cabo estas tareas que el nuevo milenio reclama serán imprescindibles los valores que tradicionalmente se han atribuido a la mujer. A estos valores la mujer actual añade los conocimientos profesionales y la preparación intelectual y científica; es decir, contamos con todas las herramientas necesarias para transformar la sociedad. En el cristianismo, en la experiencia medieval, pero también en las críticas que el romanticismo hiciera de la modernidad, podemos encontrar muchas de las claves de esta necesaria ampliación de la conciencia humana.